

ME LLAMO OLGA LUCIA CASTILLO Y DENUNCIO A MILITARES DE LOS ESTADOS UNIDOS QUE VIOLARON A MI HIJA

Renán Vega Cantor

En homenaje póstumo a Olga Lucía Castillo [1972-2023], ejemplo de lucha y dignidad.



Fotografía del autor

“A veces es mejor morir que vivir huyendo. Pero yo no puedo morirme hasta que no encuentre justicia para mi hija y para mí”.

Olga Lucía Castillo

DOLOROSA DESPEDIDA

No sé cuándo fue la primera vez que escuché su nombre. Seguramente cuando en el 2008 empezaron a circular algunas informaciones fragmentarias sobre la violación de una niña de doce años perpetrada por dos militares de los Estados Unidos en Melgar. Sin embargo, aunque sabía de ese hecho y lo podía contar, el nombre de Olga Lucía Castillo no se me quedó grabado en ese momento.

En 2014, como miembro de la Comisión Histórica del Conflicto Armado y sus Víctimas, en el ensayo sobre la Injerencia de los Estados Unidos escribí un breve párrafo consagrado al tema del Imperialismo sexual. Allí me encontré con el nombre de Olga Lucía Castillo e incluí su dramática experiencia como una prueba fehaciente e indiscutible de las violaciones, abusos y vejaciones de índole sexual cometidas por militares y contratistas de los Estados Unidos, con plena impunidad.

Mi escrito generó un escándalo en los medios de desinformación dominantes por unas cuantas semanas y, de repente, me torne “famoso” para esos medios, que con morbo me buscaron para lapidarme por lo que yo decía sobre los abusos de los Estados Unidos en el ámbito sexual. Fui acusado de tergiversar e inventar lo que allí se decía, frente a lo cual repliqué con argumentos y fuentes sobre el trasfondo de mis afirmaciones.

A raíz de mi escrito volvió a aparecer en falsimedia el nombre de Olga Lucia Castillo y ella misma me confesaría años después que se extrañó cuando desde el primer semestre de 2015 algunos periodistas la volvieron a buscar, le hicieron entrevistas y sacaron a relucir los sucesos de 2007. Ella pensaba que la buscaban porque había avanzado el caso en términos jurídicos y se estaba haciendo justicia por la violación de una de sus hijas. No fue así, simplemente volvió a aparecer en el radar coyuntural de las noticias porque yo la había nombrado en mi informe.

En ese año, con el ruido mediático me di a la tarea de organizar el material que había acopiado sobre todo el contenido de mi informe y decidí publicarlo integro, con unos documentos anexos que había adjuntado y entregado personal y directamente en la Mesa de La Habana. Ese libro apareció en 2016 y fue presentado en la Feria del Libro de Bogotá.

Luego, por múltiples compromisos intelectuales e investigativos de índole personal, me dediqué a otros temas y el asunto quedó temporalmente resguardado en la trastienda de mi memoria. Con posterioridad a la publicación del libro, yo veía alguna que otra referencia a la señora Olga Lucia Castillo en Internet. Se decía que estaba en Girardot o en Medellín, aunque la información no era clara del todo.

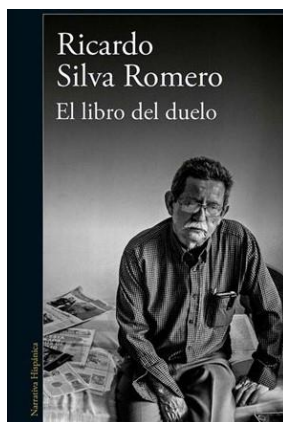
Así pasaron los años y a finales de 2022, en medio de una dura situación personal que yo afrontaba, recibí un mensaje que me envió un conocido a través de otro conocido, que si tenía contacto conmigo. Ese mensaje estaba grabado y allí pude escuchar una voz suplicante de mujer que manifestaba su interés en comunicarse conmigo y me decía que era urgente porque tenía cáncer de seno. Esa grabación me impactó y decidí conocer a Doña Olga, aunque eso se demoró algunas semanas por diversas circunstancias. Me enteré de que ella estaba instalada en la carpa de unos trabajadores de la Chrysler que desde hace años se encuentra al frente de una de las entradas de la Embajada de Estados Unidos en Bogotá y allí fui a buscarla, pero no la encontré porque ella se había ido para Medellín a resolver algunos asuntos personales y a conseguir algún dinero para sobrevivir. Al fin, la pude conocer personalmente a comienzos de 2023 en esa carpa y charlamos un rato. Desde ese momento, con intermitencias, estuvimos en contacto en forma periódica hasta su muerte, en la noche de este 8 de diciembre. Como parte de ese acercamiento participamos en una charla en la facultad de sociología de la Universidad Nacional y ese día le obsequié mi libro *Injerencia de los Estados Unidos, contrainsurgencia y terrorismo de Estado*. Ella lo llevaba consigo todo el tiempo y lo mostraba a propios y extraños, hasta el punto de que en el plantón permanente de varias semanas al frente de la Cancillería la señora Olga aparece en varias tomas de televisión con el libro en la mano.



Sorteando inconvenientes de horario, con la fortaleza de ella para hablar en las difíciles condiciones de salud que afrontaba, hemos podido conversar en varias ocasiones sobre su dura experiencia. Esas declaraciones son el soporte de este escrito. Las entrevistas que ella amablemente me concedió tuvieron un mérito adicional, doloroso y punzante: me hablaba mientras los terribles dolores del cáncer iban minando su salud, aunque no lograron doblegar

su férrea voluntad de mantener la denuncia, hasta el último suspiro, de los militares estadounidenses que violaron a su hija.

Varias veces la visité en la casa del barrio Diana Turbay, en el sur oriente de Bogotá, en donde estaba alojada y una vez la acompañé en el hospital Medery en el centro de la ciudad. El día de su cumpleaños número 51, el 18 de septiembre, le obsequié un ejemplar de *El Libro del duelo*, de Ricardo Silva Romero, consagrado a la vida de Don Raúl Carvajal, emblemático luchador contra los asesinatos de Estado, que eufemísticamente se conocen con la denominación de “falsos positivos”. Ella se puso muy contento y me manifestó que lo leería con cuidado y también lo llevaría consigo.



La última vez que la vi fue el 8 de noviembre en las horas de la mañana. La noche anterior habíamos conversado por teléfono, ella me manifestó que estaba mejor y, daba la impresión de que era así, porque su voz era firme y segura. Sin embargo, cuando llegué ese miércoles estaba bastante enferma, casi no podía hablar, se quejaba mucho y casi se disculpaba por lo que estaba soportando y no poder seguir contándome su vida. Presentí lo peor y que esa era la última vez que la vería con vida. Ese día le dejé una versión preliminar de este escrito, y no sé si lo podría leer, por sus problemas de salud. Permanecí poco tiempo, porque en esas circunstancias uno sabe que no puede ayudar mucho y es mejor retirarse. Nos despedimos y salí con un aire de tristeza y desolación. Camine por las empinadas calles del barrio hasta el paradero de bus y observaba las nubes y montañas de ese día grisáceo con el dolor de saber que ella ya no las contemplaría más. Después, ella estuvo hospitalizada varias veces y varias veces la regresaron a la casa. Solamente hablamos por teléfono en varias ocasiones, la última vez el 30 de noviembre en las horas de la tarde. Ese día la llamé para indagarle por su estado. Me dijo que estaba en el hospital y su voz era clara y diáfana. Yo le dije que, lamentablemente, no la podía visitar de manera inmediata porque partía unos días fuera del país y cuando regresara iría a verla en la casa o en hospital. Por aquellas cosas del destino estaba casi seguro de que esa era la última vez que la iba a escuchar. Y así fue, porque a primeras horas de la mañana del 9 de diciembre recibí un mensaje de Diana, una amiga musulmana que la acompañaba, en que me informaba que Olga Lucia Castillo había muerto.

Olga Lucia Castillo engrosa la lista de colombianos humildes que, tras soportar en carne propia el terrorismo de Estado, han emprendido una lucha titánica con la finalidad de que se haga justicia y la sociedad colombiana sepa la verdad sobre los crímenes perpetrados por militares colombianos y estadounidenses. Las madres de Soacha, Raúl Carvajal –el padre del camión– que durante 14 años denunció el crimen de su hijo, asesinado por el Ejército por negarse a participar en los asesinatos de Estado (conocidos eufemísticamente como Falsos Positivos), René Guarín, hermano de Cristina Guarín, asesinada por el Ejército en el Palacio de Justicia... Estos son algunos colombianos que han dedicado su vida a combatir la impunidad y el olvido. Lo mismo puede decirse de Olga Lucia Castillo, quien no ha sido una víctima, sino una luchadora pertinaz, hasta que el cáncer dobló su tenacidad.

Ella se apersonó del caso de su hija, y de todas las mujeres colombianas violadas por militares en este país. Construyó su propio archivo, una parte del cual siempre portaba consigo, y como una experta historiadora, cuando hablaba sobre la violación de su hija y otros casos de abusos sexuales de los militares de Estados Unidos, exhibía los documentos que sustentaban cada una de sus afirmaciones. Se empapó tanto del asunto que era una conocedora al dedillo de la violencia sexual de los militares de los Estados Unidos. Siempre, en las conversaciones que tuve con ella aprendía muchas cosas sobre el tema de las violaciones, pero lo que ha sido más importante, su dignidad, capacidad de lucha, resistencia y empeño en mantener viva la causa de su hija violada, fortalecía mi propia perspectiva y mi indignación contra el terrorismo de Estado, el colombiano y el de Estados Unidos.

Agradezco a la vida que, así fuera en forma tardía, haya podido conocer a esta extraordinaria mujer, y haya aprendido tanto de ella.

A continuación, reconstruyo en términos sintéticos, y como un homenaje póstumo a Doña Olga, su historia de lucha y dignidad. Cumpló, además, con la promesa que le hice de escribir sobre su experiencia y darla a conocer.

UN TESTIMONIO DE LUCHA Y DIGNIDAD

Mi vida antes del 26 de agosto de 2007

Nací en Girardot el 18 de septiembre de 1972, aunque siempre me he considerado de Flandes. Mis padres se separaron cuando yo era muy niña y mi madre siguió sola, aunque la que me crio fue mi abuela Delfina. Mis abuelos me enviaron a la escuela, aunque debo reconocer que nunca me gustó estudiar. Estudié en Flandes, en la escuela Umaña, en el Colegio Santander e hice el bachillerato en el Colegio Departamental. Yo quería tener un negocio y trabajar. Por esa razón, comencé a trabajar a los 16 años y conocí al papá de mi hija Jessica, él se llama Jorge Enrique Beltrán. A él lo conocí en Bogotá, a donde me había venido a estudiar Secretariado. Yo vivía en la casa de él y allí quedé embarazada. Cuando tenía tres meses de embarazo fui violada. Sucedió que dos hombres me asaltaron para robarme una plata, que me había entregaba Jorge Enrique. Yo la había dejado en casa y cuando salí, dos hombres me esperaban para robarme. Me llevaron a un cuarto de la zona de los mártires y, al no encontrar el dinero, uno de ellos me violó.

Después de nacer Jessica me separé de Jorge Enrique, quien siguió su propia vida y yo la mía. Yo seguí trabajando en lo que me saliera, en casas de familia, en restaurantes como mesera. Luego comencé a vender vestidos de baño, en lo que me iba muy bien. Pero un día Jessica se quemó las manos porque mientras mi hermana planchaba le cayó la plancha a la niña en la manita. Por eso, me tocó regresar a Flandes. Allí me instalé, tuve mi propio apartamento y mis cosas. Vivía sola. En ese tiempo me volví corredora de motos, competía en Flandes, Girardot y otros pueblos. Las motos me gustaban, y me gustan, por la velocidad y por la libertad. Tuve un accidente y quedé en coma. El día del accidente estaba empezando la carrera y frente a la Estación de Policía me equivoqué al meter un cambio y la moto se paró y me tumbo. Casi me muero, quedé desmayada y me llevaron al hospital. Durante el tiempo que estuve inconsciente me acompañó mi mamá y ella me contó que todo el tiempo nombraba a mi hija.

Cuando me recuperé me fui para Norcasia, Caldas. Me fui con mi novio, que acababa de pagar servicio militar. Yo no llevé a la niña, porque mi mamá no lo permitió. Fui estúpida porque yo le debía haber dicho a él: no te puedo acompañar porque yo no puedo llevar a mi hija. De eso caí en cuenta allá, cuando llevaba ocho días. Quería venirme y lo hice luego de algunos días. Cuando regresé ya venía con mi paquete, había quedado embarazada. Para sobrevivir me puse a vender de todo. El papá de la niña se vino para Flandes y viviendo con él nació Camila, mi segunda hija. Cuando ella nació yo le pedí al médico que me operara para no tener más hijos y eso se hizo.

El padre de Camila era bachiller, pero, aparte de la construcción, no conseguía trabajo y debido a eso un mes después del nacimiento de Camila regresó a su pueblo. Aunque él no se quería ir, yo le dije que quería estar sola. Él regreso a Norcasia, donde consiguió un puesto de vigilante. A mí me tocaba viajar hasta allá y llevarle a la niña.

Después viví un tiempo con Aureliano, nos casamos por lo civil, pero ese matrimonio duró poco y luego nos separamos. Yo había estudiado decoración de eventos y había empezado a trabajar por mí misma. Fue en ese momento que empecé a decorar eventos para el Ejército, para Tolemaida y al poco tiempo me fui a vivir a Melgar. No me acuerdo cómo fue mi contacto inicial con Tolemaida, lo cierto era que yo quería poner un negocio dentro de las instalaciones militares. Me atraía mucho, porque es un pueblo dentro de la ciudad, ya que en Tolemaida existe de todo, locales, salones de belleza, tiendas, minimercados porque allí viven muchas personas, las esposas de los militares, los niños y familiares. Yo había hecho un estudio de mercadeo y había detectado que era lo que se necesitaba cuando un niño cumplía años. A las mamás les gustaba hacerles fiestas a los hijos y pagaban lo que fuera para que se organizaran eventos bonitos, en los que sus hijos estuvieran contentos. Yo les organizaba el cumpleaños y me pagaban bien.

Yo trabajaba afuera y adentro de Tolemaida con militares, porque muchos de ellos no viven en las instalaciones militares sino en casas del pueblo. Trabajar para el ejército era una bendición para mí, yo ganaba plata, tenía mi negocio y pensaba que podía hacer una gran empresa. Menos de un año antes de la violación de Jessica, yo vivía con mis dos hijas en Melgar.

Me estaba empezando a acomodar, tenía más clientes, y me iba bien con la decoración de eventos, siempre haciendo lo mejor que podía. Decoraba eventos de quince años y mostraba mis catálogos y eso pegaba duro. Conocía a mujeres y familias del Ejército, con las que me gustaba interactuar, porque ellas son las que convencen a los maridos de cómo hacer y organizar las fiestas de sus hijos. También me gustaba la artesanía. Yo era artesana, hacía pulseras, collares, a mí no me daba pena venderlas. Por eso monté una empresa de micro artesanía familiar.

Videos porno en Melgar

Unos años antes de la violación de Jessica, en Melgar, Flandes, Girardot e Ibagué circularon y se vendieron unos videos-porno. Y se empezó a hablar de las chicas porno. En cierto momento, se conoció la noticia de que una habitante de Melgar se había suicidado y era una de las jóvenes de los videos. Cuando salió esa noticia escabrosa todo el mundo se hacía cruces y empezaron a señalar a los gringos como responsables.

Los gringos vendían los videos de las niñas que violaban, de las mujeres que conseguían, fueran enfermeras, médicas, empleadas del servicio, no importaba. Cayeron como 50 mujeres en esos dichosos videos-porno. Entre ellas cayó la niña mencionada y al vender la película porno en el pueblo y el papá de ella la vio y en lugar de apoyarla la juzgo. El padre era un pensionado del ferrocarril y ella se suicidó.

Yo tuve varios videos en mi poder. En ellos aparecían nítidas las mujeres de Melgar y también los militares, que no se camuflaban, ni se ocultaban, mostraban incluso sus uniformes.

Cuando se mató la niña enviaron gente a recoger los videos, entre esos a un tal John Ramírez, que trabajaba para el Ejército de Estados Unidos. Empezaron a amenazar a la gente que los vendía y se pusieron en la tarea de recogerlos por toda Colombia. A quien estuviera vendiéndolos lo judicializaban. No judicializaban al victimario, al violador, al mercenario de guerra, sino al vendedor colombiano.

Un militar de alto rango del ejército colombiano vio a su esposa en un video-porno, con un militar gringo que tenía SIDA, quien contagió a más de una. Cuando el militar colombiano se enteró se mató. Esos videos rodaban por todas partes.

En Tolemaida, donde cayeron secretarias, señoras de aseo, empleadas que aparecían en los videos, estas mujeres víctimas no tuvieron ningún respaldo y las echaron de sus trabajos, mientras que a los militares gringos los siguieron tratando como si fueran reyes.

Después de la revelación del video, la niña mencionada alcanzó a durar viva unos seis meses. Se mató después de cumplir los 18 años, aunque el video fue grabado cuando era menor de edad. La familia se destruyó y el padre enfermó y está postrado en una cama.

Los videos eran filmados y distribuidos por los mismos militares gringos. Los hacían en un conjunto residencial, en la vía a Carmen de Apicalá. Ellos contrataron al español Nacho Vidal para que les ayudara a hacer los videos-porno.

Los gringos eran un peligro para nosotros los habitantes de Melgar, incluso se habían metido con la hija de un exalcalde. Además, los gringos traficaban droga y munición con policías. Pero a ellos nadie los toca, mientras que a una mujer-policía que había traficado droga con ellos si la extraditaron a Estados Unidos.

A las niñas y adolescentes que aparecen en los videos les destruyeron sus vidas y ellas luego se metieron a la prostitución y a las drogas y hubo desplazamientos de familias, que fueron amenazadas por denunciar lo que les habían hecho.

Lo de los videos-porno no fue el único abuso de los gringos. Otro caso es el de un gringo que dejó embarazada a una joven y les llevo los médicos a la casa donde ella vivía para hacerla abortar, ante lo cual ella huyó y nunca se volvió a saber de su paradero.

Unos gringos que estaban drogados lanzaron a un muchacho desde un piso alto, porque eso sí para drogarse no hay quien les compita y cuando lo hacen se creen los dueños del mundo y hacen lo que se les venga en gana. A ese muchacho lo dejaron parapléjico.

Una muchacha, menor de edad, de 16 años, quedó embarazada por un gringo y solicitó protección y apoyo a Bienestar Familiar, pero esta institución se lo negó.

El día desgraciado, cuando cambió mi vida

Llegamos al día que marcó nuestras vidas, la mía y la de mis hijas, que partió nuestra historia en dos, el 26 de agosto de 2007. Eran las cuatro de la tarde de ese domingo y nos fuimos con mis hijas a vender artesanías al parque de Melgar, porque en esos días no había tenido eventos ni fiestas. Ese día no vendí casi nada. A eso de las siete de la noche, le dije a Jessica que fuera a La Zona Rosa y mirara si había gente, para ofrecer la mercancía. Ella se fue con la hermana y llegaron a Ibiza. A Jessica le dieron ganas de orinar y pidió que le prestaran el baño y se lo negaron. Siguieron caminado y cuando llegaron a Reina de Corazones, al frente había un restaurante y adentro una discoteca. Ella pidió el baño prestado y de dieron que sí. Camila iba a subir con Jessica, pero se lo impidieron. Cuando Jessica iba saliendo del baño la abordó un hombre, acuerpado y con un acento raro, que no la dejó salir y, junto con otro hombre, la forzó a tomar un líquido amarillo, una mezcla de licor con algo más, una droga o un somnífero. Jessica dejó de ser dueña de sí misma y quedó a merced de sus abusadores, que la sentaron en la mesa donde estaban ingiriendo licor.

Camila me dijo que su hermana estaba tomando gaseosa con unas amigas en la esquina. Yo había visto a un grupo de niñas reunidas y supuse que Jessica estaba con ellas y seguí ofreciendo las artesanías. Camila me pidió que le regalara plata para ir al saltarín y estuvo allá hasta cuando todo se acabó y recogieron el juego. En ese momento, Camila me dijo que Jessica estaba con unos gringos en una discoteca. Recogí las artesanías y las guardé en el parqueadero. Me fui con Camila para que me señalara dónde debía estar Jessica. Nos situamos frente al Reina de Corazones. Le pregunté al vigilante si allí había entrado una niña y él me dijo que no, aunque en ese momento ella estaba adentro. Permanecemos un buen rato, pero al no tener evidencias de la presencia de Jessica nos fuimos para un parque. Si yo me hubiera quedado allí hasta que cerraron la discoteca, la hubiera visto salir.

Fui a la estación de Policía a denunciar la desaparición, pero me dijeron que era necesario esperar 72 horas. A la casa llegamos a las tres de la mañana y lloré un rato sin saber qué hacer. Me acosté a dormir y, al otro día, a las nueve de la mañana, golpearon la puerta. Era Jessica, que estaba espelucada y con los ojos vidriosos, parecía un zombi. Yo la golpeé, le quité la ropa, la metí a bañar y noté que ella no parecía sentir los golpes. Vestí a Jessica, porque tenía que ir a Bogotá a cobrar un dinero. No fui capaz de preguntarle a la niña que le habían hecho, ni quienes fueron, no sentía valor después de que la había golpeado y al recordar la violación que yo había sufrido unos años atrás.

Lo que le pasó a mi hija fue lo siguiente: cuando Jessica salió del baño quien la abordó fue Michael Cohen, un sargento activo del Ejército de Estados Unidos y César Ruíz (“El Mexicano”), un militar retirado de ese país y contratista del Plan Colombia. Estos la sacaron en una camioneta, con placas de La Calera, No. CTU-046, la llevaron a las instalaciones de la Fuerza Aérea. Entraron a las cuatro de la mañana y pasaron tranquilamente por los controles de Tolemaida. Encerraron a Jessica en la habitación que estaba asignada a César Ruiz, contratista del Plan Colombia. A mi hija la drogaron, secuestraron y luego uno de ellos, el Mango (como llaman a Cohen) la violó en el apartamento del Mexicano.

A las ocho de la mañana el Mexicano sacó a la niña en la misma camioneta blanca, y mientras conducía le manoseaba el cuerpo a mi hija. La dejó en el parque principal de Melgar poco después, a eso de las nueve de la mañana.

Mi interminable lucha

Cuando íbamos para Bogotá ella me mostró la base aérea y dijo que ahí la habían traído la noche anterior. Yo me sorprendí y con esa información empecé a pensar en lo que debía hacer. Ocho días después fui a la Zona Rosa de Melgar y me ubiqué al frente del Restaurante Ibiza. Estando allí salió un hombre y Jessica me dijo que ese era él que la había violentado. El tipo estaba metido en una camioneta blanca. Uno de esos militares reconoció ante mí, e incluso mostró su satisfacción cuando lo increpé a la entrada de Ibiza, el mismo sitio a donde habían drogado a Jessica, ocho días antes. Ese militar me dijo: “¿Quién la manda haber sido tan perra y puta y haber tenido esa hija?” Yo le dije que lo iba a demandar y él me dijo: “Demándeme, acá en Colombia no me pueden hacer nada”.

En la Fiscalía, en lugar de apoyarme, ponían en duda que mi hija estuviera diciendo la verdad y hubiera sido violada. A mí me amenazaron con echarme a la cárcel si decía mentiras. Desde ese instante empezó un acoso y persecución contra mí, que me obligó a irme de Melgar y dejar todas mis cosas abandonadas.

Es imposible rehacer la vida y olvidar lo que le hicieron a Jessica. Ella quedó afectada de por vida, con traumas psicológicos, sufre de paranoia, le tiene miedo a la gente, no quiere hablar con nadie. Y ha intentado suicidarse varias veces, lo cual afecta a mi nieta, que nació cuando Jessica tenía 14 años.

Recorrí distintos lugares de Colombia, estuve en Bogotá, Medellín y otras partes. En Medellín viví varios años. Cuando me radiqué allá recorría el departamento de Antioquía para sobrevivir, vendiendo cachivaches o haciendo tatuajes temporales. Iba de pueblo en pueblo en busca de cualquier centavo.

Yo movía de un lugar a otro no porque quisiera, sino que lo hacía por el acoso, las amenazas y los intentos de matarme o desaparecerme que soporté a lo largo de estos quince años.

El sufrimiento, la angustia, la desesperación me produjo cáncer de seno. Cuando tuve conocimiento de esa terrible noticia no cese en mi lucha y decidí venirme a Bogotá. Para seguir denunciando la violación de mi hija me ubiqué, durante varios meses, en la carpa que se encuentra al frente de la embajada de Estados Unidos. Allí denuncié con carteles y sentadas la violación de mi hija y la impunidad reinante en este país.

Luego estuve en una acción parecida al frente de la Cancillería, donde permanecí varias semanas. Estando allí me enteré de que el cáncer había hecho metástasis y se había expandido por todo mi cuerpo. A raíz de eso fui hospitalizada y tuve que dejar ese lugar. Estoy segura de que, por dormir en el suelo, en el cemento helado, se me regó el cáncer por todo el cuerpo. Pero con cáncer y todo lucharé hasta el último aliento de mi vida para denunciar a los militares violadores, para que paguen por lo que hicieron, para que en Colombia se eliminen las leyes de inmunidad que protegen a los militares gringos y no se repita este tipo de crímenes. Estoy segura de que, si en mi caso, alguna vez se hace justicia, otras madres y mujeres violadas van a hablar, porque en Melgar fueron violentadas muchas jóvenes y niñas.

Diciembre 10 de 2023.



Fotografía de Marcela Cárdenas, *Rebelión*, diciembre 27 de 2022.